

La “función paterna”, más allá de los “padres aparentes”

Manuel Sides Galán

Psicólogo clínico

E-mail: msidesg@hotmail.com

resumen/abstract:

En el escenario sociocultural actual triunfa el narcisismo sobre la función de los ideales, favoreciendo que la subjetividad del hombre moderno se establezca en una dimensión depresiva y angustiada, de euforia depresiva metonímica. En esta forma de malestar es donde intentamos situar un concepto clínico fundamental que Freud fue elaborando a lo largo de su obra: se trata del “padre desde el inconsciente”, articulado a través del C. de Edipo y del C. de castración, una función clave para la estructuración psíquica y deseante del sujeto. Esta “función del padre”, función simbólica decisiva a la luz de los aportes de J. Lacan, es el pivote sobre el cual gravitarán las estructuras clínicas, tal como vemos emerger en el drama edípico del caso Juanito.

On the current socio-cultural scene, narcissism comes before ideals, which helps modern man to establish in a depressing and distressing dimension of metonymical depressive euphoria. With this concept in mind, we try to place a fundamental clinical concept that Freud elaborated throughout his work: it is about “the father from the unconscious”, through out the Oedipus complex and the Castration complex. This is a key word for both psychical desiring and subject’s structure. Lacan refers this “father’s rol” as the prior theory from which the consequent clinical structures will develop. We will encounter this application in the Oedipical drama of Juanito’s case.

palabras clave/keywords:

inconsciente, función paterna, falo, Edipo, castración, fobia de Juanito

unconscious, paternal rol, phallus, Oedipus, castration, Juanito’s phobia

El padre en la cultura actual y en la teoría y clínica psicoanalítica

“La función paterna, más allá de los padres aparentes” es un intento de situar algunas referencias que suscita una pregunta compleja, relacionada con un concepto clínico fundamental en la teoría y en la práctica psicoanalítica y que atraviesa la extensa obra de Freud: ¿Qué es un padre? Primeramente la introducción del C. de Edipo y luego el de la castración en su teoría del deseo humano, constituyen las claves que le permitirán dar cuenta del “padre, ya despojado de las señas

de identidad de la tiranía, como eje articulador de la apertura del sujeto a su propia potencialidad psíquica, social y sexual”. Las huellas del acceso al dinamismo metapsicológico que comporta una estructura deseante en el ser humano las situó muy pronto Freud en una teoría sobre la familia: una tragedia inconsciente que expresa dos deseos reprimidos, incesto con la madre y parricidio contra el padre. Tal como Freud sintetizaba en los últimos años de su vida, (Freud, 1938) el Edipo y la castración transcurren en los primeros años de la vida infantil, reprimida,

inconsciente, en el tránsito que va desde las identificaciones primarias narcisistas con la madre, a la intervención amenazante, castradora y prohibidora del padre, finalizando en la identificación con el padre.

A esta concepción freudiana sucedió la visión kleiniana de una organización familiar en la que “la madre ocupa una posición determinante, donde el padre estaba excluido de alguna manera” y donde el niño, en un modelo preedípico, entraba en conflicto con el poder materno y la simbiosis con ella. Esta estructuración se hizo en el decorado inglés de entreguerras, un mundo democrático donde la emancipación de la mujer estaba más avanzada. Más tarde, en EEUU, se pensó los trastornos de la subjetividad en función de los “problemas relacionales ligados a la evolución de la sociedad”, en un mundo donde se idealizaba la individualidad narcisista.

Por otra parte, Lacan (1938) siguiendo el camino abierto por Freud, planteaba que la aparición del psicoanálisis debe relacionarse con la crisis psicológica del decaimiento social de la imago del padre. Así mismo, concreta que el agente fundamental de las neurosis no reside en la amenaza de la fuerza paterna y sí en las formas disminuidas de la imago del padre para sostener dos funciones antinómicas articuladas y necesarias, la de represión superyoica y la de sublimación del ideal del Yo. Constituyen el eje fundamental de la represión infantil y de maduración de la sexualidad a través de un conflicto triangular, así como de la constitución y sublimación de la realidad, confluyendo los dos procesos en que el objeto adquiere cierta profundidad afectiva para el sujeto, en que el objeto sea catectizado por el deseo. Inicia una revalorización en el interior del Edipo de la función del padre definiéndolo como

3º, “árbitro del desgarramiento ávido y de la celosa ambivalencia que fundamentan las primeras relaciones del niño con la madre y con el rival fraterno” (Lacan 1948) Más tarde, en los años 50, apoyándose en premisas antropológicas y lingüísticas, “el padre reapareció en su teoría investido del corte de una función simbólica” que puede alejar al niño de la dimensión imaginaria con la madre y trasladar la dialéctica de su deseo a una dimensión simbólica con el padre, creando el concepto de “función paterna”. Sin embargo, en la teoría de Lacan, la mujer perpetúa el reinado que tenía en M. Klein: tanto por su goce como por su maternidad ejerce sobre el padre y el hijo un poder considerable y tanto por la anticoncepción como por la inseminación artificial tendrán un poder incontrolable en cuanto a los procesos de filiación y el acceso a la palabra paterna en el inconsciente (Roudinesco 1995)

Los términos de paternidad, parentalidad, paternalidad, estilo parental, se han convertido en una cuestión actual en nuestra cultura. En medios periodísticos, (Verdú 2006) aludía en un reciente artículo a que los niños de hoy crecen sin paternidad, desolados, ya que sus padres hacen poca vida intrafamiliar, no tienen tiempo para hablar con sus hijos. Así mismo, desde discursos sociológicos, psicológicos y educativos, que valoran la conducta y las relaciones familiares a través de observaciones y cuestionarios, se enfatiza la recogida de signos con los que clasificar y dibujar el contorno y formas que adoptan las relaciones familiares de principios del S. XXI. En resumidas cuentas, la familia nuclear, conyugal, basada en las relaciones de parentesco por filiación o matrimonio, estaría cuestionada por el florecimiento de un sinfín de configuraciones familiares distintas, en las que se daría la misma es-

pera idealizada de felicidad y satisfacción personal. Qué significa la paternidad hoy en día, partiendo de estos signos, se pregunta Inés Alberdi, socióloga, autora de *La nueva familia española* (Alberti 1999) La única respuesta que encuentra la sorprende: los varones occidentales, que habían identificado masculinidad-poder, se adaptan mal, están desorientados ante la pérdida de sus poderes naturales tradicionales, basados en el orden y la autoridad sobre las mujeres y los hijos, pérdida que habría generado un incremento legislativo sobre los derechos de las mujeres y una redistribución del poder dentro de la familia. Cita un ejemplo de máxima desorientación de este hombre-padre en una obra del S. XIX del dramaturgo sueco Strindberg, titulada *El padre*, personaje donde se objetiva el drama y el pánico de los hombres al final del patriarcado, personaje que acaba perdiendo todas sus posiciones de padre, hombre y marido, destruido y loco. ¿Son éstas las señales de la nueva paternidad en la familia: los cambios y avances legislativos que acaban con los amos y tiranos, donde la identidad individual, social y sexual sólo podrá tener como marco el litigio y las resoluciones judiciales, donde la paternidad consistiría en superar un conflicto intrafamiliar de autoridad y poder, resuelto mediante un reparto igualitario de tareas domésticas y educativas respecto de los hijos?

A pesar de la actual “sociedad en red”, repleta de tecnología y sistemas electrónicos de comunicación informativa y de constante suministro de imágenes impactantes, la civilización actual se caracteriza por el desfallecimiento de lo simbólico y de la palabra escrita, a favor de la ideología del funcionamiento, la eficacia y la cuantificación estadística, bajo el imperio del Amo

mercado con sus objetos y voraz rentabilidad. Así mismo, reduce el papel de sujeto al de mero consumidor, hipnotizado por el objeto-ídolo de consumo (Andreas 1977) por la proliferación de objetos que, al tenerlos, se ilusiona con la creencia de un aumento de valor de su ser, sometido a una continua promesa de placeres y diversión sin tregua, a una subjetividad sin deseo y sin historia.

Por consiguiente, cualquier conflicto, angustia y todo aquello que pueda desbordarlos tiene que ser sepultado: con ansiolíticos, estimulantes, libros de autoayuda, cómo triunfar en una semana o cómo ser padres excelentes. En este modelo de sociedad de individuos se promociona la proliferación de identidades y nuevas alienaciones, como las identidades culturales, ocultando que la identidad es un lugar yóico que clausura. Así mismo, se intenta hacer de la diferencia un fetiche fuente de exclusión, impulsar las reivindicaciones identitarias y la tribalización social, los particularismos generalizados, ya sean los derechos de los homínidos o los padres separados, en detrimento de los universales de un Estado de derecho, de los intereses colectivos. En síntesis, se trata un momento cultural de triunfo del narcisismo, del “todo vale y todo es posible, instantáneo, mentiroso y frívolo”, sobre los ideales y la función de los ideales. Podríamos acentuar también que la técnica se ha convertido en dueña de la ciencia, puede embarazar a una mujer de 70 años o cambiar el sexo a la carta, y también que el cientismo se ha erigido en una nueva religión y las ciencias cognitivas expulsan al hombre deseante y lo sustituyen por el de hombre-máquina.

A la luz del psicoanálisis, estos determinantes sociales y culturales señalados forman parte de la subjetividad del hombre

actual y tiene consecuencias en la clínica: emerge una subjetividad dominada por una forma atenuada de melancolía, de euforia depresiva metonímica. En el mismo sentido, encontramos una mezcla de tristeza y apatía, búsqueda de identidad e impotencia del sexo, reducido a objetivarse y mirarse en la desdicha infinita de su imagen de adquisiciones y logros, un sufrimiento narcisista que busca huir de su inconsciente (Roudinesco 2000) Por otro lado, el conflicto, el síntoma, la angustia y la culpa no están ligadas al padre, como si hubiera un fracaso de la función paterna y de la autoridad simbólica (Tortosa 2006) Es decir, el sujeto en la cultura actual no busca significados a su sufrimiento, no hace síntoma, se encierra en una lógica del cuerpo que deja fuera de juego a su Otro inconsciente, sin división subjetiva, quedando solo y expuesto a la pulsión, al oscuro goce relacionado con el Otro materno, a la angustia. ¿Qué hace aquí? Generalmente, tapa la angustia con ansiolíticos y antidepresivos o huye del goce pasando al acto, a la actividad continua y de los objetos, creando síntomas de ruptura con el Otro, como la anorexia y toxicomanía. En un reciente ensayo, Pereña (2004) plantea que el padre contemporáneo en nuestra cultura es de la confusión, no encontrando otra posición frente a su propia impotencia, soledad y desesperación que el reproche y la condena del hijo, simbolizándolo en el padre del famoso escritor checo Kafka. En este trabajo desgrana que este padre, absolutamente arbitrario, crítico y condenador, que sólo acumulaba posesiones para hacer de su hijo un colega, no le pudo transmitir la Ley de la castración, propiciando así el fracaso en la inscripción de la muerte, la sexualidad y lo transgeneracional.

El padre en el inconsciente: la inscripción del deseo del niño en la función fálica, la castración y la Ley

Hace algún tiempo atendí a un joven atrapado en cierto impasse subjetivo, donde algunos elementos que he venido describiendo habían anclado en su cuerpo, en sus vivencias, en sus relaciones con los otros y en lo que de sí mismo podía contar. Nada más encontrarse en la adolescencia, un síntoma de impotencia y de poco apetito sexual, acompañado de rabia, humillación, desesperanza, inhibición y timidez fue abriéndose paso hasta llegar a afectar todos sus actos, pensamientos y sentimientos. En esos años visita a un psiquiatra por motivos de un persistente cansancio y escasa actividad social, lo que le hizo acreedor de un diagnóstico de astenia primaveral y de la consabida prescripción del genio Prozac, al que se entregó sólo unas semanas. En su vida siempre existieron objetos más que suficientes: padres, hermanos, desahogo económico, apoyos escolares frecuentes, y luego coche, trabajo. ¿Le ha tocado, en su estructuración subjetiva, sufrir la erosión de la pérdida de la autoridad paterna, el ascenso social y laboral de su madre, el malestar de la sociedad del bienestar? Ninguna de estas cuestiones parece alcanzarlo, en todo lo que anuncia no hay ninguna significación histórica de sí mismo que buscar, no hay división subjetiva, sólo pide que alguien, como sustituto materno idealizado, calme su dolor narcisístico fugazmente, estando en su síntoma cerca de una ruptura con el Otro como lugar de articulación inconsciente y reprimido.

Poco a poco empezó a dibujarse, a insistir, una certeza digna del cogito cartesiano y del no saber socrático: *“Me falta algo, no sé lo que es, pero lo único que sé es que me falta*

algo, y no puedo saber qué es, y sin eso no puedo hacer nada, aunque ya no sea físico". ¿Cómo puede ser que "le falte una falta", innombrable y extraña, incomprensible, que esa falta que falta tenga relación con su síntoma y no con esa realidad externa del galimatías, con lo llena que está de todo? Alguna entrevista más tarde pudo enlazar su acuciente ignorancia con un juego de carencias y excesos con sus objetos primarios, edípicos: "Mi madre siempre ha estado pendiente de mí, siempre ha estado encima de mí... con mi padre nunca he hablado de nada, aunque tiene el mismo carácter que yo". Ha pasado un siglo, pero el descubrimiento de Freud sigue vigente: lo que Freud encuentra en el inconsciente del neurótico adulto es lo misma experiencia central, problemática y completamente olvidada de los años infantiles: cómo se han situado, tanto el niño como la niña, respecto a la función del padre, es decir el Complejo de Edipo, cuyo eje y signo es la castración.

La perspectiva estructural que queremos señalar, al situar el Edipo y la castración con relación a la estructuración de la subjetividad y del deseo, es la dilucidación de la madre y del padre en tanto funciones, el lugar de estas funciones en el campo del inconsciente (Dör 1991) En el campo inconsciente es donde la función paterna constituye un epicentro crucial en la estructuración psíquica del sujeto, porque la identidad sexual experimenta en la función paterna su propia inscripción subjetiva.

En esta línea, "el padre" del que se trata en psicoanálisis no es el animal macho genitor, ni el creador de una cosa, ni el jefe de una familia, ni el Padre de la Santísima Trinidad, ni el Padre Santo, ni la figura, el personaje, la imagen de un padre viril o fuerte, ni el padre concreto ausente o desaparecido. El padre en

psicoanálisis, inherente al C. de Edipo, es el depositario legal, el guardián de la Ley de prohibición del incesto, el representante de la función simbólica de la falta, de la función fálica, de la castración, del corte, separadora de la relación madre-hijo y de apertura hacia el mundo extrafamiliar, exogámico, del lenguaje, reglas sociales, los objetos y el deseo. En este sentido, ningún padre de la realidad funda ni posee aquella Ley, pero sí le corresponde hacerse valer por ser su representante (Dör 1991)

Como señaló Freud el deseo de la madre pondrá en contacto a su hijo con esta función paterna, pero primeramente sólo a nivel imaginario, en cuanto falo imaginario, con aquello que le falta. ¿Cómo ocurre esto? El niño capta esta imagen fálica materna en él mismo, creyendo que es amado por él mismo, no por la imagen fálica que simboliza para la madre. Así, el "falo imaginario" es el objeto deseado por la madre y con el que el niño se identifica. La madre, en tanto mujer, coloca al niño como objeto de su deseo insatisfecho de tener un falo y el niño, a su vez, se identifica con este lugar para colmar ese deseo de la madre. De este modo, se establece una relación imaginaria y narcisista consolidada: entre una madre que "cree tenerlo" y el niño que "cree serlo" (Nasio 1989) Es decir, esta misma tríada, madre-niño-falo, será el preludio de la puesta en juego de la relación simbólica, que introducirá la función del padre, promoviendo una "operación simbólica", que se resolverá, en el apogeo de la situación edípica, en el proceso de lo que Lacan, llama la metáfora paterna, mediante la diferenciación entre el padre real, imaginario y simbólico. ¿Cómo se rompe con la ilusión de identificarse con esa omnipotencia imaginaria y sentirse legítimamente, no imaginariamente, el niño

varón por ejemplo, en posesión de su virilidad y soportarla en el mundo real, como en el paciente descrito?

El sujeto sólo puede salir de aquella omnipotencia imaginaria pasando por una anulación o aniquilamiento momentáneo llamado C. de castración, el mecanismo de la estructura del C. de Edipo que Freud teorizó y que Lacan nombró metáfora paterna, es decir metáfora del deseo del niño atravesada por el deseo de la madre. Por tanto, el sujeto se encuentra con la Ley del padre, con la intervención privadora, interdictora y prohibidora del padre, agente de la amenaza de castración, marcando al sujeto en tanto falo con la amenaza de castración: debe renunciar a ser el falo que la madre desea y aceptar la Ley separándolo de la madre, accediendo así a su propio deseo y placer mediante la identificación y los emblemas paternos. Pero para que esto suceda hay dos condiciones: la madre debe dejar pasar la Ley dictada por el padre simbólico, no interferir el mensaje que llega al niño a través de ella, no te acotarás con ella, no eres el falo, significándole que su deseo de hijo no agota su deseo. En segundo lugar, para que el sujeto viva verdaderamente el C. de castración y el Edipo de pleno derecho, es preciso que la “presencia del padre real” asuma la función del “padre imaginario, castrador”, con el fin de investir, hacer aparecer la eficacia del “padre simbólico”, el padre matado, muerto y convertido en Ley de Tótem y Tabú, alrededor de lo que Lacan llamaba el significante del Nombre-del padre. La tarea del “padre real” será la de dar la prueba, en un momento dado, de que es capaz de actualizar la incidencia fálica como el único agente regulador de la economía del deseo y su circulación respecto de la madre y el hijo.

La construcción del padre en la estructura simbólica del Edipo en Freud: el padre como “operador de la castración”

Freud aborda la cuestión del padre primeramente a través del Edipo y más tarde la castración, articulándolas durante los años 20 en la fase fálica, que el niño vive en su periodo de acmé entre los 3 y 5 años, donde predomina una forma de organización sexual en la que también culmina lo que llamó “complejo de castración”, que inaugura la alternativa sexual presencia-ausencia, fálico-castrado, diferente a la polaridad sexual masculino-femenino que surgirá a partir de la adolescencia. Esta fase también obligó a Freud a reformular el C. de Edipo y la psicopatología, en función de los tres mecanismos específicos de defensa (represión, renegación y forclusión) Así, la cuestión falo/castración aparece como articuladora esencial entre el narcisismo y el C. de Edipo, de tal manera que no hay conflicto edípico sin problemática narcisista y al revés (Schoffer 2002 y Arensburg 2003)

En este mismo sentido, podemos decir que el Edipo y la castración, tal como Freud lo explicita en los años citados, tienen una función normativa, un papel fundamental en la estructuración psíquica del sujeto y en la orientación del deseo humano, constituyendo el eje de referencia de la psicopatología así como del acceso a la genitalidad y a las elecciones de objeto. La delimitación de la función paterna en Freud, desde la dialéctica edípica vamos a situarla en tres momentos distintos: la primacía del falo, la conjunción madre castrada y padre castrador y la formación del Ideal del Yo y del Superyo.

Los comienzos del C. de Edipo deben ser ubicados en el desarrollo sexual de la madre,

en el Edipo materno, que siguiendo a Freud (1.932) supone primeramente una vinculación estrecha con la madre, aparición del C. de castración bajo el signo de la hostilidad, orientación de sus sentimientos y deseos hacia el padre y realización de un deseo infantil inconsciente, una operación simbólica inconsciente entre el deseo de tener un falo y un niño. Por tanto, la primacía del falo surge en el espacio del “niño majestad”, el tiempo mítico del niño sumergido en pleno goce narcisista, idealizado desde el narcisismo de los padres, constituido allí como Yo ideal. Lo que organiza el placer genital infantil en esta fase es la “primacía del falo”; una ficción que tanto el niño como la niña sostienen: la creencia infantil, según la cual no habría diferencia anatómica entre los órganos sexuales masculinos y femeninos. Constituye así la premisa lógica necesaria para el proceso de castración y constitución del Edipo en ambos sexos (Freud 1923) a partir de la cual el niño y la niña cargan libidinalmente su respectivo pene y clítoris con tocamientos autoeróticos, elaboran teorías sexuales sobre el origen de los niños, las diferencias sexuales y la naturaleza de los actos eróticos entre los padres. Al mismo tiempo, la madre, tanto para el niño como para la niña, es el personaje principal, el objeto sexual hacia el que convergen las tendencias sexuales del sujeto infantil. Freud, en *Un recuerdo de Leonardo da Vinci* (Freud 1910) desarrolla la figura de esta “madre fálica”, sin leyes que regulen su deseo, donde la posición de sujeto sujetado por el deseo de la madre conduce a la problemática de las perversiones, caracterizadas por una ligazón erótica muy intensa con la madre y un relegamiento o expulsión del padre.

¿Qué es este pene lógico, que simboliza tanto el órgano pene como el clítoris, universal, y de ficción, imaginario en cuanto representación? Freud ya había enunciado que, en la fase fálica, la principal característica de la sexualidad infantil era la primacía del orden fálico, de la castración. Así, la diferencia de sexos y la evolución de la sexualidad infantil y adulta, se constituyen alrededor de la falta y del registro imaginario: ante la realidad de la diferencia postula indirectamente la existencia de un objeto imaginario, el falo, una representación psíquica fantasmática que reúne la imagen erecta de un órgano, el amor narcisista del niño y la inquietud de verlo desaparecer. Por consiguiente, tanto para Freud como para Lacan (1956-7) no es el pene sino el “objeto fálico” la piedra angular de la problemática edípica y de la castración. El “falo como objeto imaginario” representa, entonces, un papel estructurante en la dinámica edípica.

En este escenario fálico-maternal irrumpirá, en un segundo momento, lo que se podría llamar la crisis fundamental del deseo, la conjunción madre castrada-padre castrador, donde el padre instaura la dinámica esencial del C. de castración, que implica: a) reconocer por primera vez la diferencia anatómica de sexos al precio de la simbolización de la falta y la angustia; b) que el cuerpo tiene límites, que su pene de niño jamás le permitirá concretar sus intensos deseos sexuales hacia la madre; c) que la herida en la ilusión de omnipotencia se dirige a inhibir y restringir esa “masculinidad fálica”, a destruir la búsqueda de ese “falo imaginario” y “de la madre fálica” (Nasio 1989)

En suma, en este segundo tiempo es donde la función paterna resulta fecunda: la castración, el corte de la amenaza de castración

opera en el triángulo imaginario, narcisista, madre-niño-falo anterior, posibilitando que el sujeto se inscriba en su propia historia sexuada y cultural, retirando la libido del objeto materno, pudiendo así metaforizar, efectuar sustituciones en una difícil encrucijada: debe retener algo del objeto a abandonar y, al mismo tiempo, utilizar su libido para acceder a otros objetos permitidos y sin temor. ¿Cómo puede el padre ejercer la castración simbólica, una castración ligada al deseo de ser el falo materno, para ambos sexos? Aquí el padre interviene ejerciendo una función simbólica, representando al orden de la Ley. Es decir, cuando el niño se dirige a la madre y la madre al niño se encuentran con la Función del Padre: dividir la célula narcisista madre fálica, escindir el abrochamiento de deseos entre la madre y el niño, planteando al niño no ser el falo a través de la alternativa ser o no ser el falo materno. En síntesis: interdicción paterna, amenaza de castración, dilema fálico o castrado. Ahora bien, para que la palabra paterna tenga valor de Ley e implique en el sujeto una renuncia pulsional incestuosa que le permita acceder al mundo simbólico de las combinaciones y sustituciones que rigen en su inconsciente, para que sea eficaz la función paterna y que el padre pueda comenzar a intervenir como padre simbólico en la encrucijada con los deseos incestuosos y parricidas del sujeto, es absolutamente necesario que la madre designe al padre como amado y deseado por ella, que lo signifique ante el niño como aquel que tiene lo que ella necesita para su deseo y goce.

¿Cómo accede el sujeto a quedar afectado por la incidencia legalizadora y estructurante de la función paterna, a toda esta compleja maraña de deseos y protagonistas cuyo cen-

tro de gravedad es lo real de la diferencia de sexos? Gracias a la prescripción simbólica de la Ley, el padre real, el padre concreto de la realidad fáctica familiar, con sus propias características y dificultades, con cierto lugar en el mundo de la madre, puede hacer intervenir la función simbólica del padre mediante el sesgo del Padre imaginario, entidad fantasmática elaborada a partir de las primeras relaciones intersubjetivas reales o fantasmáticas con el medio familiar ¿Qué quiere decir esto? Que el padre real es investido, construido, por el niño como rival sentimental en la posesión de la madre, percibido como un padre terrible que obstaculiza, quiebra e interdicta su narcisismo en cuanto a la realización de sus deseos sexuales con la madre, despertando rivalidad, hostilidad. Este padre de la ambivalencia afectiva, omnipotente, idealizado, prohibidor de la madre, que produce angustia de castración en el sujeto, es constituido como el fraterno de la relación especular, en una dimensión agresiva y narcisista y está ligado a un conjunto de fantasmas parricidas, donde el padre real es matado, es decir, muere imaginariamente por el orden de los hijos-hermanos, como Freud describe en muchos textos (*Psicología del colegial, La novela familiar del neurótico, Lo siniestro, Tótem y tabú, Pegan a un niño, El yo y el Ello*)

Freud (1928) subrayaba justamente que la creación de personajes violentos y asesinos, están relacionados con fantasmas inconscientes parricidas, consecuencia de la ambivalencia hacia el padre, lo que genera sentimientos de culpa y masoquismo en muchos órdenes, bajo la égida de un Superyo sádico, sustituto del padre rival a quien se desea asesinar. En la novela *Crimen y castigo*, de Dostoievski, encontramos al personaje

principal, Raskolnikof, que va más allá de la Ley, quedando expuesto a la insuficiencia del no de la interdicción paterna y produce un asesinato. Raskolnikof, que lleva sobre sí la fantasmática de su autor, el cual según sus biógrafos tuvo un padre con los rasgos de alcoholismo, avaricia, intolerancia y crueldad, está sometido al falo materno, impregnado del horror a la castración femenina, de la mujer-madre edípica dissociada entre madre/puta en el inconsciente. Raskolnikof intenta convertirse omnipotentemente en un superhombre más allá de la Ley, borrar la historia y el camino generacional. Sin embargo, Raskolnikof no puede ser hombre por un déficit en la transmisión del orden paterno, del padre como lugar 3º, simbólico. A causa de ello, no puede permutar, perder goce narcisista por castración y pasar a un lugar de hombre, llevando luego una vida de castigo y redención (Wechsler 1997)

¿Entonces cómo llega el niño a tomar en serio, a “temer la amenaza de castración” en sus genitales, renunciar a sus fantasmas incestuosos relacionados con el placer de sus tocamientos autoeróticos, consistentes en poseer algún día a su objeto de amor, la madre y, en parte, al padre por sus actividades sexuales? Freud, (1924) afirma que sólo cuando ven la ausencia de pene en la mujer, en la madre, comienza a ser efectiva la amenaza de castración paterna, al evocar o actualizar esta privación las amenazas parentales reales o imaginarias. La castración de la madre pone fin a las dos posibilidades de satisfacción edípicas, pues ambas conllevan la pérdida: castración tanto si se identifican como falo con el padre o con la madre. A partir de este momento, se abre en el niño la vía a la “angustia de perder su pene” y piensa: “Yo podría ser castrado por

mi padre, puedo estar castrado como ella, temo perderlo”. Por otra parte, en la niña, a partir de este momento, de reconocer su “castración fálica” y la de la madre, la niña hace responsable a la madre de su carencia, desarrollando odio, hostilidad y desprecio hacia ella, se separa de ella y elige al padre como objeto de amor para constituir con él un Edipo femenino. ¿Cómo hace el niño para librarse de la angustia de castración, siempre presente en la relación ambivalente con su padre y de sus fantasmas parricidas, y la niña para resolver su angustia, que toma la forma de envidia, el famoso penisneid?

El conflicto libidinal inconsciente entre narcisismo fálico y la investidura sexual de los objetos parentales y la ambivalencia hacia el padre es resuelto por la angustiante de castración. Con este tercer momento, que culmina con la formación del Superyo y del ideal del Yo como herederos del Edipo, la función paterna alcanza un pleno efecto simbólico (Leclair 1978) instaurando la dialéctica del tener/no tenerlo y apartando aquellos deseos del Yo mediante un proceso de represión. Así, el niño abandona su posición de ser el objeto de deseo de la madre y para asegurarse tenerlo se identifica no tanto con el padre sino con los emblemas, insignias o significantes del padre, transmitidos por la tradición de los padres. La actitud hacia el padre como rival a eliminar, es sustituida por el padre que prohíbe al niño el objeto materno, haciéndole destruir y renunciar al amor por la madre. Aquellas cargas de objeto quedan abandonadas, desexualizadas y sustituidas por identificaciones que darán lugar a las instancias psíquicas perpetuadoras de la prohibición del incesto, Superyo e Ideal del Yo y, en parte, inhibidas y transformadas en tendencias sentimentales. En la niña, la

envidia fálica por “no tenerlo” la impulsa al C. de Edipo: el deseo fálico, de tener un falo, será sustituido por la forma fantasmática edípica del deseo, que su padre le regale un hijo, desplazará parte de su libido a otra zona, del clítoris a la vagina y, su objeto de amor no será la madre, sino el padre.

¡Sin embargo, no todo está atado y concluido! Al seguir subsistiendo inconscientemente en el Ello, aquellos impulsos pueden retornar de lo reprimido y, revitalizando la angustia de castración, formar síntomas. Por otra parte, la masculinidad o feminidad, basadas en identificaciones del Ideal del Yo y que dan al sujeto un papel tipificante, un destino sexuado, son una mascarada en parte, pues ningún hombre puede sostener por sí mismo los emblemas de la Ley, que le indican que no es el falo, sino simplemente un hombre que tiene pene o una mujer que tiene vagina.

Avatares del Edipo y castración en Juanito: la historia de “un padre llamado caballo”

En 1909, al ocuparse de un niño de 5 años con una neurosis fóbica, Freud sostuvo la convicción de que el psicoanálisis de niños es psicoanálisis y mostró el gran provecho que podría extraerse de la cura del niño si se introducía lo reprimido-verdadero y la relación del desarrollo con la estructura en el C. de Edipo (Mannoni 1976) Muy pronto, el niño sitúa al “Profesor Freud” en un puesto de Padre simbólico y, en la palabra proveniente de ese lugar, trata de acceder a la verdad de su deseo. Juanito, bastante consciente del drama edípico que está viviendo, se siente molesto por la idea de que el adulto no quiere que él sepa lo que de hecho sabe

(los misterios de la procreación, etc.) Al situar los celos edípicos dentro de una historia, Freud introduce un mito que será retomado por Juanito de diferentes maneras hasta su curación. Juanito siente que allí tiene un hilo conductor: entonces, se cura al reorganizar su historia edípica alrededor de ciertos significantes (Nombre del Padre, falo, etc.) y a través de los fantasmas de castración (Lacan 1956-7)

En el texto sobre el tratamiento, podemos apreciar que Freud discriminó el problema fundamental de Juanito: no la confrontación con lo real, sino el enfrentamiento con un orden de dificultades no resueltas en ambos padres. Pone en evidencia el problema que deseaban mantener oculto: el problema sexual. Juanito, con sus preguntas y fantasmas, pone en juego el inconsciente de los adultos, hasta el extremo de que la pareja falla en su propia sexualidad, divorciándose. De esta manera, la situación” con la que se enfrenta el analista en una cura no es en absoluto una “relación interpersonal”: se trata de la relación del sujeto con su deseo inconsciente. Ahora bien, para que un niño tenga acceso a la verdad de su propio deseo, es preciso que atraviese el campo del deseo de la pareja parental. Si este análisis es privilegiado es porque en él vemos producirse la transición que hace pasar al niño, de la dialéctica imaginaria del juego intersubjetivo con la madre alrededor del falo, al juego de la castración en la relación con el padre, mediante una serie de mitos formados por Juanito.

Siguiendo su historial, después de tomar conciencia de su cuerpo, de su sexo de varón, de su naciente deseo, busca una salida a la relación “narcisismo primario-madre fálica”: puntos de referencia identificatorios, cómo

posicionarse frente al deseo de sus padres. Pero se le hace muy difícil. Por una parte, encontramos algo que tienen que ver con el deseo de la madre, cómo la madre ubica al padre, no lo desea, así como, desea que Juanito sea sólo un “chico pasivo y gentil”, que no sea el amo de un deseo masculino, desvalorizando o reduciendo su sexo a un órgano de hacer pis que nada tiene que ver con la fecundidad. Por otra parte, el padre, desplegando hacia Juanito amor, amabilidad e inteligencia, no da salida a aquella relación imaginaria y narcisista, sólo quiere verlo adecuarse a la relación dual con la madre, al deseo y al ideal materno, silenciando la verdad de las implicaciones genitales de cada sexo.

Lo que está en juego en la historia de Juanito es el estancamiento del drama edípico, drama que aporta una dimensión necesaria tanto para la constitución de un mundo humano pleno como para constituir el objeto. Drama dependiente no de una maduración instintiva genital sino de “acceder y adquirir subjetivamente determinada dimensión simbólica”. Su padre, aunque está ahí, no es en absoluto apto para soportar la función establecida que responde a las necesidades del mito de Edipo en su alcance universal, donde se registra la primera inscripción de la Ley mediante un otro verdaderamente padre, presente, que interviene simbólicamente, que responde siempre que es él quien tiene el falo verdadero, el pene real, y no lo tiene el niño o lo tiene de forma insuficiente y de quien lo recibirá como objeto simbólico. La clave del caso, su problema, es encontrar como suplir que su padre se obstina en no querer castrar. Al no asumir su “padre real” la función de “padre terrorífico, castrador”, le impide vivir el complejo de castración, le dificulta situarse correctamente respecto a la

“función del padre”, imposibilita la asunción legítima de su potencia sexual en una heterosexualidad masculina, al no registrarla con la primera inscripción de la ley, dejándolo sin saber cómo va a soportar su pene real no amenazado. Desde el punto de vista libidinal está afianzada la heterosexualidad, amaré a las mujeres, pero en su estructura libidinal nunca dejará de temerlas, o sea, serán sus dueñas (Lacan 1956-7)

Juanito no puede salir del callejón porque no hay padre para introducir y operar la castración, no hay nada para metaforizar sus relaciones con su madre, no hay posibilidad de una mediación para perder el pene y recuperarlo luego simbólicamente. No podía ir hasta un Edipo normal, cuyo testimonio es la emergencia de la neurosis fóbica a los caballos, una “salida imaginaria” a aquella relación capturante con la madre. Si hubiera habido un padre de quien se hubiera podido tener miedo de verdad, se hubieran podido cumplir las reglas del juego y hacer un verdadero Edipo que le ayudara a alejarse de las faldas de la mamá. En ausencia de este “padre a quién temer”, en este lugar vacío del conflicto ambivalente, amor y odio hacia el padre por el amor hacia la madre, surge como tentativa de solución la angustia que tomará su soporte en la fobia, en un temor angustioso a que el “significante paterno caballo” le muerda. Aquí es donde toma relieve la expresión Nombre-del-Padre (Lacan 1957-8): es toda expresión singular, significativa, simbólica producida por la madre o el niño (un síntoma, una acción, una decisión, una palabra) que representa la instancia paterna como 3º de la prohibición del incesto y que viene a ocupar el lugar del deseo del niño o de la madre. El intento de situar la función paterna desde el inconsciente en este caso está perfectamente formulada por el mis-

mo Freud (1926) cuando se plantea como primera tarea psicoanalítica responder a las preguntas: ¿Cuál es el motivo de la represión? ¿Cuál es el síntoma sustitutivo de los impulsos reprimidos relacionados con el padre?

Bibliografía

- Alberti, I. (1999) La nueva familia española. Madrid: Taurus.
- Andreas, A. (1977) Moral sexual y represión social. Barcelona: Granica.
- Arensburg, B. (2003) Seminario inédito sobre Edipo, realizado en el EPPM Valencia.
- D'or, J. (1991) El padre y su función en psicoanálisis. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S. (1910) Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1923) La organización genital infantil. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1924) Sobre la disolución del C. Edipo. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1926) Inhibición, síntoma y angustia. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1928) Dostoievski y el parricidio. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1932) Sobre la sexualidad femenina. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1938) Compendio de psicoanálisis. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Lacan, J. (1978) La familia. Barcelona: Argonauta.
- Lacan, J. (1948) Acerca de la causalidad psíquica. México: Escritos SXXI.
- Lacan, J. (1994) El Seminario 4. La relación de objeto. Barcelona: Paidós.
- Lacan, J. (1999) El Seminario. 5. La formación del inconsciente. Barcelona: Paidós.
- Leclaire, S. (1978) Para una teoría del C. de Edipo. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Mannoni, M. (1976) El niño, su enfermedad y los otros. Argentina: Nueva Visión.
- Nasio, J. D. (1989) Los 7 conceptos cruciales del psicoanálisis. Buenos Aires: Gedisa.
- Pereña, F. (2004) De la violencia a la crueldad. Madrid: Síntesis.
- Roudinesco, E. (1995) Jacques Lacan. Barcelona: Anagrama.
- Roudinesco, E. (2000) ¿Por qué el psicoanálisis? Buenos Aires: Paidós.
- Schoffer, D. (2002) A cien años de la función paterna en la clínica freudiana. Revista de psicoanálisis de Madrid (APM) núm. 38.
- Tortosa, N. Vigencia de Freud. Diario El País. (19-06-2006)
- Verdú, V. Los padres sin paternidad. Diario El País. (8-06-2006)
- Wechler, A (1997) Psiquismo y Ley. Una lectura psicoanalítica de Crimen y Castigo. Revista de Psicoanálisis. (APM) núm. 26.

Fecha de recepción: 18/06/2007

Fecha de aceptación: 01/08/2007